



EX LIBRIS

EX LIBRIS

Inés María Correa

GENERACIÓN CALLE

HISTORIAS DE TERNURA Y PELIGRO

Prólogo de Alicia Dujovne Ortiz



PRÓLOGO

La palabra la tienen ellos. Ese es el valor de este relato: alguien que conoce al que habla y que lo ama de veras, sin discursos teóricos ni supuestas soluciones milagrosas, le ofrece la posibilidad de relatarse a sí mismo en su propio lenguaje, guardándose muy bien de agregar, de corregir, de explicar, de juzgar, poniéndose en su lugar y dejando que la historia llegue a nosotros con una mezcla intacta de crudeza y emoción. Ellos son los chicos de la calle, de las villas, de los hogares, de los reformatorios, de las cárceles, que cuentan su vida como jamás podría ser contada desde afuera, sabiéndola destruida y sin embargo sintiéndola sostenida por una suerte de lógica, a la vez terrible y salvadora, que la rodea de una extraña luz. Chicos que sobreviven en condiciones extremas, chicos heroicos y realistas, de una desgarradora lucidez, sin proyecto ni futuro, sin otro sueño que el de seguir viviendo día a día, imágenes actuales de un campo de concentración para pobres donde los nazis han sido reemplazados por la ferocidad de una sociedad que los arroja al basural del «cirujeo» o del delito. Tal como el subtítulo del libro lo indica, la conciencia del peligro de estos abandonados va siempre acompañada por un pedido de ternura, tímido y pudoroso pero perceptible y que nos llega al alma, un gestito infantil crecido de repente como un yuyo entre las piedras. Gracias a su amplia experiencia como trabajadora social, Inés

María Correa establece con los pibes más solos y más tristes, por eso mismo también los más duros, una relación de complicidad que no le impide decirles la verdad, con una fuerza adulta llena de simpatía y equilibrio. Es el motivo por el cual los chicos creen en ella y se confían, y la razón de existir de este libro: todo lo que una actitud moralizadora, por no decir represora, no habría obtenido nunca de labios de estos niños a los que se les ha robado la infancia, ella lo consigue con naturalidad y sencillez. *Generación Calle* es un espejo de una tremenda claridad donde aconsejo contemplarse y cuya publicación no nos permite seguir mirando hacia otro lado ni repitiendo que no sabíamos. Una lección para tantos indignados justicieros, partidarios vergonzantes de la pena de muerte, que leyendo estas historias de vida podrán entender cuál es la verdadera inseguridad.

ALICIA DUJOVNE ORTIZ

**LUIS
PARTE I**

Instituto de menores Manuel Rocca

Esta es parte de la vida de Luis, a quien conocí cuando tenía siete años y ahora visito en el Instituto Rocca, con diecisiete años y privado de libertad tras haber sido acusado de un robo a mano armada.

Su vida se construye y se desarma cada día, porque no está convencido de si vale la pena seguir viviendo. La fragilidad de quien no hubiera querido vivir en la calle ni portar un arma, quien cada día de su corta existencia clama en silencio por su mamá.

Luis tenía siete años cuando lo conocí, se parecía mucho a esos chicos con rostros oscuros que aparecen en las publicidades sociales y quieren representar a descendientes de aborígenes. Ojos renegridos, pelo duro, abundante y levantado. En ese momento tenía un cuerpo morrudo, que prometía llenarse de músculos fuertes, con cualidad de deportista.

Cuando era muy chico vivía junto a su padre, su madre y sus tres hermanos, una familia común, humilde y trabajadora de un barrio del partido de Berazategui, en el sur del conurbano bonaerense. Casas bajas con pocos ambientes, producto de una construcción de algún plan social, todas iguales en su estructura inicial y algunas modificadas posteriormente, con pasillos, sin calles y con pocos negocios.

Su madre vendía especias y chucherías por el barrio, puerta a puerta, y sus hijos pequeños solían acompañarla. Una mañana, cuando ella salía para hacer su recorrido habitual de venta, una vecina celosa empuñó un cuchillo de cocina y sin mediar palabra ni reclamo, sin siquiera preguntarle si tenía un romance con su marido, apuñaló varias veces su pequeña figura. Ocho meses duró su agonía internada en el hospital de la zona.

Su muerte cambió el destino de todos en la familia, aunque a cada uno de manera diferente. Luis tenía cinco años en ese momento. Durante el entierro, se tiró al pozo que estaban cavando en la tierra, pidiendo a gritos que lo enterraran con su mamá.

Lo conocí dos años después, cuando él tenía siete. Lo seguí viendo durante un par de años más, y después me lo crucé en instituciones, pero en el último tiempo le había perdido el rastro y me preguntaba qué habría sido de su vida. Hace poco lo volví a ver y en casi todos sus relatos parece reflejarse el deseo expresado en el momento de enterrar a su madre.

Todo en la vida de este chico es una pelea entre las ganas de volver con su mamá y el fuerte apego a la vida: siempre hizo todo por sobrevivir. Este juego lo puso a cada momento al límite de perder lo que tanto se esfuerza en ganar. Cuando tenía siete años era indómito, ya había aprendido casi todas las estrategias para sobrevivir en la calle: comer, robar, pedir, buscar refugio para no pasar frío ni calor. En sus recorridas por la estación de Once conoció a Cata, que tenía dos años más que él. Cata lo superaba en viveza, y con ella caminó los primeros pasos en busca de conseguir el “dinero fácil”.

Hace poco me contactaron del Tribunal para pedirme que lo fuera a ver en su lugar de detención. Ahora, con diecisiete años e internado en el Instituto Rocca, privado de libertad, aún conserva

entre sus escasos recuerdos felices de la infancia los momentos vividos con Cata.

Le pregunto:

—¿Te acordás de la nena que paraba con vos cuando tenías cinco años?

—Uy, sí, ¡me acuerdo tanto de ella! Era más grande que yo. Tenía como dos años más. Me decía que yo me hiciera el desmayado y que empezara a gritar en la calle. Entonces yo gritaba y empezaba a patalear, me tiraba al suelo, y ahí ella arrebatava las carteras o lo que fuera y salía corriendo, y yo me levantaba y la seguía. Éramos re pillos, siempre estábamos con mucha guita encima, nunca nos faltaba nada. Y sabés, me acuerdo que yo lo hice por primera vez con ella.

—Pero, ¿vos me hablás de cuando tenías cinco o seis años?
—le pregunto extrañada.

—Sí, cuando éramos chiquitos. Un día estábamos durmiendo en el agujero de un ascensor de un departamento abandonado, muchas veces dormíamos ahí porque no andaba la policía y estábamos tranquilos, era cerca de Once. Y ella me dice: “Dale, ¿lo querés hacer?”. Y ahí nomás nos fuimos empezando a sacar la ropa. Y lo hicimos. Después de esa primera vez lo hacíamos siempre.

En ese momento pasa la camarera del Instituto con el carro de la comida y él la mira cómplice, pienso que quizá será para que le deje algo del menú que a él le guste más, pero no le pregunto, quiero seguir escuchando.

—Un día estábamos durmiendo debajo de unos cartones en la entrada de un subte. Hacía un frío... Y ahí nomás nos sacamos la ropa y estábamos haciéndolo, cuando una señora nos tocó los cartones para decirnos: “Vengan, ¿quieren tomar una chocolata en mi casa? ¡Los llevo a los dos!”. Pero nosotros no queríamos, estábamos tan bien haciéndolo, además nos teníamos que

vestir. Primero la mandamos a la mierda, le dijimos que nos deje tranquilos, pero Cata me dijo: “Dale, vamos, a ver si podemos ir a la casa y sacarle algo”. Entonces le contestamos a la señora que nos esperara, que íbamos a ir, nos vestimos rápido y nos fuimos con ella a su casa.

Mientras Luis me cuenta su recuerdo hace gestos moviendo todo su cuerpo, reviviendo el hecho. De alguna manera se posesiona en su picardía. Pero el sitio en donde estamos hablando es el hall del instituto, un salón muy grande recién pintado de color amarillo, con rejas por todas partes y las ventanas y puertas también hechas de reja, con candados colgando de cada lugar. Eso hace frío el diálogo y, además, permanentemente pasan profesionales y guardias. Cuando Luis los ve, es como que se esconde entre sus propios enormes hombros. Y sigue:

—Cuando llegamos a esa casa, Cata no quería que nos separásemos. Pero me dijo que yo le pidiera ir al baño a la señora, y que ella iba a revisar los cajones de la casa a ver si encontraba algo que pudiéramos llevar. No encontré nada —se acuerda Luis, y se empieza a reír a las carcajadas con su relato. Fueron sus primeras incursiones en el mundo del quedarse con lo que no es de él, emparentadas con su primera historia de amor—. Y me acuerdo que estábamos ahí en el living de la casa mirando todo porque no teníamos hambre para comer todas las cosas que nos trajo la señora, ya habíamos desayunado muy bien en la calle. Nosotros seguíamos sentados, mirando todo, pensando si podíamos llegar a vender algo, cuando sonó el timbre. Entraron unas mujeres que parecían amigas de la señora. Pero hablaban bajo, y ahí nosotros empezamos a sospechar. Dijimos “llamó a la yuta”, y ahí mismo me acuerdo que nos fuimos acercando a la puerta. Pero las mujeres se nos encimaron y con cualquier excusa nos preguntaron los nombres, cuántos años teníamos y esas preguntas que te hacen los ratis. Nosotros les dijimos nombres

falsos porque ya nos imaginábamos. Y de ahí, al ratito, nos agarraron de las manos, nos bajaron por el ascensor, nos llevaron a la camioneta que ya conocíamos, y de ahí a los hogares. Uno a cada uno, en ese momento nos separaron para siempre.

Mientras charlamos pasa una mujer que sabemos que es una profesional por unos legajos que lleva en brazos y él la empieza a mirar fijo, pasándose la mano por la cabeza.

—Era parecida a esa, ¿no será ella? Nunca me voy a olvidar, porque ese fue el último día que vi a Cata, nos separaron. Yo estaba muy mal, porque hacía como dos años que paraba con ella, vivíamos juntos, íbamos para todas partes juntos. ¿Dónde estará? Sabés que no me acuerdo bien su nombre, no me acuerdo cómo se llamaba... —Luis interrumpe el relato para quedarse con la vista fija en una de las rejas.

Sus relatos de hoy dejan de ser románticos e inocentes para estar teñidos de violencia, sangre, desafío.

Desde los seis o los siete años empezó a recorrer instituciones, casas del niño y hogares donde recibió el afecto que en algo substituyó al familiar, y que él pudo tomar. Aunque siempre, por distintas razones, lo llevaban de un lugar a otro. Cada vez que se integraba, algún cambio político lo volvía a desestabilizar.

Siempre los chicos quedan rehenes de esos cambios. Pareciera que muchos funcionarios llegan a los cargos con el solo objetivo de aplicar recetas, cerrando programas o dando giros a las políticas implementadas desde antes, quizá solamente para demostrar que lo nuevo es mejor que lo anterior. En el caso de los chicos se hace sobre necesidades políticas e ideológicas y no sobre las necesidades de ellos, no se tienen en cuenta sus momentos vitales.

En el último hogar en que estuvo le compensaron algo de amor familiar. Ahí dio sus primeros pasos en el aprendizaje, en los deportes y juegos, recibió comidas ordenadas. Pudo retomar

la relación con su familia, se reencontró con sus hermanos y con su padre. Hasta que, también por temas políticos, ese último hogar cerró sus puertas y él volvió a la calle, como el único ámbito de pertenencia.

La calle como rumbo y lugar seguro suena un poco contradictorio cuando se la piensa o se la contempla. Sin embargo para Luis era y sigue siendo el único lugar que no le iba y no le va a cerrar las puertas y que siempre lo va a recibir.

Y allí fue. En la calle buscó sin encontrarla a Cata, pero encontró a otros y otras que lo fueron acompañando para decidir nuevas estrategias de vida, ahora mucho más arriesgadas. Me quiere seguir contando:

—Mi viejo murió el año pasado. Estaba muy mal el último tiempo. ¿Te acordás que chupaba mucho? El último año, antes de morir, temblaba todo. Se la pasaba en el hospital. Pero cada vez que yo caía en cana ahí estaba él, al lado mío. Lo peor que me pasó estando acá encerrado fue que no me llevaron cuando él murió, no pude estar en su entierro. Fui al día siguiente. Me agarró una bronca que me corté todo, ¿ves?

Me muestra los antebrazos, que parecen pasados por un rallador, llenos de cicatrices por los cortes que se hizo y que parecen un muestrario de las veces en que pasó por situaciones de angustia. Hasta le veo cortes de la semana anterior.

—Pero te terminás castigando siempre vos, ¿por qué lo hacés?

—Es que ya no me quedaba nada. No quería seguir viviendo. Ahora cada tanto me llevan al cementerio a visitarlo, pero ya fue. Mi papá nunca se recuperó de la muerte de mi mamá. Me acuerdo cuando se ponía a llorar a los gritos de noche cuando nosotros éramos chicos. ¿Te acordás cuando Manuel, mi hermano mayor, le sacó un fierro de la sien porque se iba a disparar? Por eso yo me empecé a ir de mi casa. No tiraba nada estar ahí y ver a mi viejo llorar todo el día y ponerse en pedo. Cuando

consiguió un laburo mejoró algo, pero todas las noches se ponía a chupar y lloraba y la llamaba a mi vieja. Cuando yo laburaba bien en la calle, volvía y le llevaba guita, para él y mis hermanos, pero no aguantaba y me iba de vuelta.

El chico se está angustiando cada vez más y pienso que cuando yo me vaya se va a quedar solo tras las rejas con su tristeza, así que tengo que cambiar rápidamente de tema.

—Y vos, ¿hasta qué grado hiciste?

—Tengo el boletín de cuarto, nunca más fui al colegio. Cuando cerró el hogar donde estaba, después no volví a ir.

—Pero, ¿te gusta leer?

—Sí, leo, pero el libro tiene que tener dibujos, para que entienda lo que leo, y me gustan los cuentos. Agarro mejor los libros para chicos, esos son los que leo. ¡Ah!, y tienen que tener letras grandes, porque como leo despacio y no leo mucho, miro mejor cuando son grandes. Y el libro tiene que tener diez o quince páginas, no más.

—Y ahora, ¿por qué estás acá?

—Me pusieron carátula de robo a mano armada, creo, porque todavía no vino el defensor y tampoco me llevaron a “comparendo”.

—¿Qué hiciste?

—Me dedicaba a los autos. Yo tenía una moto, y trabajaba con otros pibes. Entonces nos parábamos en una esquina, relojeando los autos, me dedicaba a los Golf, porque tenía dónde ubicarlos enseguida. Nos daban diez lucas o más, según cómo estaba el auto. Los ubicábamos enseguida en Soldati, ahí íbamos y pum, los entregábamos y nos íbamos con la guita en la mano.

—Pero, ¿cómo hacías? ¿Le pedías a la persona que manejaba que se bajara y te ibas con el auto o lo golpeabas también?

Mientras me cuenta esto se posesiona tanto que sigue gesticulando como si estuviera reviviendo cada momento, y ahí se

levanta y va a pedir fuego a un empleado de seguridad para encenderse un cigarrillo y seguir hablando.

—Mirá, cuando salís sabés que tenés que hacer eso, y salís, no te podés poner a dudar. Nosotros salíamos con un fierro. Nos quedábamos en una esquina, mirando los autos, y cuando veíamos alguno que podíamos trabajar, ahí le íbamos. Arrancábamos la moto y esperábamos que cortara el semáforo, entonces ahí, pum, “quedate piola, seguí adonde nosotros te decimos, estacioná ahí, dame todo lo que tenés”. Si no tenían guita, a veces los llevábamos a los cajeros, y una vez que le llevábamos todo le decíamos: “Dejá el auto ahí, dame la llave y rajá. Y que no se te ocurra escaparte ni gritar porque sos boleta. No te pongas nervioso y mirá para adelante, y tomátelas”.

—¿Y no te daba lástima? Porque te habrá tocado alguna mujer o alguien que se puso muy nervioso o que se puso a llorar, ¿no?

—Me daba una bronca cuando se ponían a llorar, porque uno lo está haciendo, lo tenés que hacer, salís para eso y lo tenés que hacer, y entonces si se te ponen a llorar... A mí me daba bronca y les decía, “no llorés, no llorés, porque me ponés nervioso” y los veía así... Pero no me daba lástima, lo tenía que hacer. Igual una vez, una mina estaba tan nerviosa y lloraba tanto que en vez de pasearla le sacamos el auto y le dijimos que se bajara y saliera caminando, que mirara para adelante, que la íbamos a estar vigilando, pero igual le sacamos el auto.

—¿Buscaban los Golf nada más? ¿Por qué esa marca? ¿Los otros no?

—Lo que pasa es que a los Golf los ubicás enseguida, te vas a Soldati y los vendés al toque. En cambio los grandes te tenés que cuidar, hay algunas 4x4 que tienen un chip abajo y las salen a buscar por radio, entonces no las vendés. Tenés que saber muy bien eso, porque te arriesgás y te puede salir caro. Pero yo

trabajaba mucho y sabía cómo era la onda, ya sabía dónde ir, qué autos, adónde venderlos, quién te daba más guita.

—¿Andabas con mucha plata, entonces? Si trabajabas tanto...

—Y sí, siempre tenía entre dos o tres lucas encima. Tenía una buena moto, me compraba pilcha. Una vez, sabés, me compré como tres lucas de base y empecé a fumar y fumar, y no paraba. Les di a mis amigos. Pero no me gustó, y no tomé más. No me gustó el efecto.

—Justo eso te quería preguntar, ¿ibas careta a trabajar, o tomabas algo antes? Porque hay que tener valor.

—Yo no me drogaba afuera, no me gustaba. A mí me va el escabio. Me tomaba unos vinos, o cerveza. A veces un porro, pero más me cabe el escabio. Tomaba mucho, eso sí, pero para laburar salía así, careta.

—Y a tu viejo, ¿lo ibas a ver?

—Sí, lo ayudaba, le llevaba cosas o guita, pero me quedaba poco con él, yo vivía en un hotel, a veces. También me había comprado una casa en Fiorito, ahí vivía con mi novia.

—Y ahora cuando salgas, ¿qué vas a querer hacer? ¿Vas a volver a lo mismo? Porque ese laburo te deja mucha guita. Si te ponés a trabajar en cualquier otra cosa vas a ganar mucho menos.

—Lo que quiero ahora es salir en libertad, quiero ponerme las pilas, porque sé que si caigo después que cumpla los dieciocho años, ya es causa de mayor, y no tira nada estar acá adentro, ya fue. Me quiero ir, pero limpio. Lo que pasa es que no tengo nadie que se haga cargo de mí. Mi tía, que se hizo cargo de uno de mis hermanos, no me quiere, es una ortiba. Ese también es un ortiba —dice, mirando a un guardia que justo atravesaba el hall donde estábamos sentados—. Y mi tía, cada vez que la llamo para hablar con mi hermano no me lo pasa, me lo niega o directamente me trata mal. Está bien, yo una vez fui y le rompí toda la cara a uno de mis primos, porque empecé a atacar a uno

de mis hermanos y ahí fue, pum, pum y pum, le rompí toda la cara. Pero qué se vienen a hacer los antichorros. Mi tía también es antichorro, y a mí no me cabe.

—Entonces, ¿quieres salir y cambiar de vida? ¿Te va a dar?

—Yo quiero eso, no quiero más estar encerrado.

—¿Y qué hacés acá? ¿Estudiás, hacés deporte, mirás la tele...?

—A veces voy a la escuela y saludo a las maestras, pero no voy a las clases, no tengo ganas. Y al patio salimos los fines de semana, y voy a veces, a veces no tengo ganas. La tele la vemos hasta las ocho de la noche, porque después te engoman y no vemos más. No sé, me la paso en la celda acostado. Me pongo a pensar, pienso, pienso, pienso, hasta la madrugada, porque me cuesta dormir, pero cuando está amaneciendo ya me agarra sueño y me duermo. Además, tampoco voy a la escuela porque ahí arman cosas para la familia, pero como no recibo visitas no preparo cuadritos ni regalitos, a quién se las voy a dar.

Por momentos, Luis se pone un poco melancólico. Recordamos juntos cosas de la infancia, de cuando lo conocí. Él bailaba tango en la escuela cuando estaba en primer grado y vivía en un hogar. Fueron momentos que él recuerda como de felicidad. Jugaba muy bien al fútbol y vivía en el hogar con su hermano mayor. Cuando él recién había llegado, la gente que lo cuidaba me comentaba que de noche, cuando todos dormían, se levantaba de la cama y se hacía todo un bollito en el piso, y dormía ahí, debajo de la cama. Estaba demasiado acostumbrado a dormir en la calle, y parecía que se sentía más seguro escondido, hasta que algún operador lo levantaba y lo ponía de nuevo en la cama.

Mientras conversamos se me acerca una psicóloga para hablarme. Él la mira fijo, como haciendo cálculos, y cuando ella se va le pregunto:

—¿Por qué la miraste así?

—Sabés, esa mina es dos lucas seiscientos.

—¿Qué quiere decir?

—¿Viste el collar de oro que tenía? La cadena no pesa mucho, pero tenía tres bolitas que pesan como cinco gramos y la cadena, más los anillos de oro, sacás como dos lucas seiscientos. Cuando estaba en la calle, en Once hacía muchas cadenas, pero tenés que hacer el cálculo de lo que pesan, sino no vale la pena, porque la cadena sola no pesa, pesa cuando tienen medallas o cositas colgando. Igual no me dedicaba más a eso. Solamente si daba y me tentaba.

—Y yo, ¿cuánto te doy?

—Y vos me das poco, me das menos de veinte.

Nos miramos y nos empezamos a tentar de la risa.

—Te escucho y me cuesta creer que estés tan decidido a hacer otra vida. Igual tenés que intentarlo. Porque toda la vida encerrado no da, ¿no?

—Pero si me hubiera querido ir y seguir en la misma, cuando me vinieron a entrevistar para ir a algún hogar abierto habría dicho que sí y me habría escapado, pero quiero salir en libertad y limpio. Lo que pasa es que no tengo a nadie afuera. Y tampoco quiero que venga nadie, no me lo merezco. Tampoco tira nada que vengas vos a visitarme.

—Pero voy a seguir viniendo, te creo que no quieras seguir en la misma, y te traigo cigarrillos la próxima, y voy a conseguirte algún libro de historias.

—Pibe, el almuerzo, vamos —interrumpe un guardia, dando por terminada la visita.

—Bueno, ¿vas a venir entonces la semana que viene? Yo te voy a hacer una cartita —me despide.

La visita se termina y mientras Luis se aleja va mirando para atrás, con la mirada entre triste e interrogante, para confirmar que no le creí cuando me pidió que no volviera.

ÍNDICE

Prólogo	9
Introducción	11
LUIS Parte I	
Instituto de menores Manuel Rocca	19
LUIS Parte II	
Instituto de menores Luis Agote	31
JOSÉ	
Escuela nocturna	37
JORGITO	
Una carta de Navidad	47
WALTER	
Retiro	57
YONI	
Centro de Admisión	67
MARCOS	
Estación Once	75
MARIELA	
Palermo	81
JONATAN, MIGUEL Y JUAN	
Parque Centenario	89
YANINA, MARTA Y MARÍA	
Hogar materno	99

MARIAN

Hospital..... 115

CÉSAR

Clínica psiquiátrica. Barrio Norte 121

JAVIER, SEBASTIÁN Y BETO

En el hogar 129

LAS ZAPATILLAS DE LOS PIBES EN EL PENAL

Penal X. Enfermería 135

Glosario..... 139